

## PROYECCIONES FILOSÓFICAS DE ALGUNAS TEORÍAS ETNOLINGÜÍSTICAS CONTEMPORANEAS

*Germán Fernández Guizzetti*

(Universidad Nacional del Litoral — Universidad Católica de Santa Fe)

### TERCERA PARTE

#### BENJAMIN LEE WHORF (*continuación*)

*“On Psychology”*. *Importancia de lo psíquico en la comprensión de lo cultural*: Benjamín Lee Whorf ha sido uno de los pocos lingüistas que, siguiendo la línea trazada por el pensamiento de Franz Boas y de Edward Sapir, vió con plena claridad cómo el estudio de los fenómenos sicosociales de índole intelectual y abstracta constituían una labor eminentemente interdisciplinaria, la cual requería la colaboración de la sicología con miras al acabado tratamiento del objeto.

Quizá la clave para comprender el posterior pensamiento de este autor radique en un breve escrito que quedara inédito hasta que John B. Carroll lo diera a conocer en su recopilación de los trabajos de Whorf. Estos breves apuntes titulados *“On Psychology”* permiten comprender muchos aspectos del pensamiento whorfiano y algunas de sus desviaciones. En efecto, de haber permanecido fiel a los principios que estableciera en dicho estudio, ciertamente no habría caído ni en el reduccionismo que lo llevara a postular un condicionamiento pan-lingüístico de todo hecho cultural, ni en los excesos y vacilaciones a los que lo condujo su relativismo de base lingüística.

En esta breve monografía Whorf no sólo se refiere a la necesidad de un punto de vista interdisciplinario, sino que se pronuncia concretamente por la utilización de la sicología con un propósito determinado: el de lograr la comprensión del fenómeno cultural y en especial de aquellos correlatos que, en la esfera del significado, subyacen a toda forma lingüística.

“La sicología ha desarrollado un campo de investigación que puede sin duda alguna ser útil y valioso en sí mismo, pero que arroja poca o ninguna luz en los problemas de la mente o del alma humana normal. Quien quiere comprender plenamente las leyes y para así decirlo la topografía de lo interior, de la vida mental interna, puede aprovechar mucho más fácilmente, y como si la Sicología no existiera, del acervo cog-

noscitivo de su sentido común, simpatías, intuiciones y juicios vernáculos” (pág. 82).

Por otra parte, Whorf no cayó en esa especie de adhesión fideísta al conductismo, propia de tantos especialistas norteamericanos. Al respecto opinaba que su verdadero carácter no transcendía las viejas posturas en psicología experimental aun cuando acentuara su aspecto empírico: “creo personalmente que en muchos sentidos consiste [el conductismo] en mejorar la vieja escuela: y que ha ampliado nuestros conocimientos en ciertos campos. Nos ha mostrado cómo la conducta puede ser condicionada por medios físicos, pero siguiendo las mismas líneas de siempre, aunque proporcionando explicaciones más sistemáticas. Ha hecho que resulte evidente el que podamos *condicionar* con o contra la cooperación de consideraciones verdaderamente síquicas. Esto puede ser cierto, pero en lo que estamos particularmente interesados es en el condicionamiento con la cooperación y según las peculiares leyes de lo síquico” (pág. 83).

Por supuesto, nuestro autor no se hace ninguna ilusión acerca de la forma en que lo síquico es concebido por los conductistas. No deja de criticar acertadamente el exagerado fisiologismo de dicha escuela, aunque por otra parte no ignore la importancia de los factores biológicos como presupuesto fundamental de lo síquico (pág. 84). Por ejemplo, opina acerca de Watson que “su error consiste en... no darse cuenta, o al menos en no poner énfasis, en el hecho de que el aspecto lingüístico del pensamiento no es un proceso organizado biológicamente, “habla” o “lenguaje”, sino un tipo de organización de índole cultural: un idioma” (pág. 85).

En contra de la dogmática posición adoptada por “Bloomfield Whorf es conciente de que el dogma psicológico conductista no podía ayudar ni al antropólogo ni al lingüista en la comprensión de sus datos.

En un párrafo lleno de ironía afirma muy suelto de cuerpo que es preferible buscar en las novelas y relaciones de viajeros ayuda para la comprensión de ciertos fenómenos culturales de índole eminentemente síquica, que hacerlo en los libros de psicología inspirados en el conductismo, es decir en una psicología que “ha elegido seguir ciertos caminos que la han extraviado, quizá en forma permanente, alejándola del campo de lo verdaderamente mental” (pág. 86). “Por otra parte, uno se siente impresionado y deprimido por la apabulladora esterilidad de la vasta masa de minucias que esta ciencia acumula y de la carencia de principios de integración” (pág. 87). Ello se debe a que “el conductismo no nos orienta acerca de cómo trabajar para situarnos realmente de acuerdo con los (fenómenos) intangibles [en la esfera] de lo humano. [Lo único que hace es]... enunciar en términos conductistas cosas ya obvias para el sentido común” (pág. 88).

En una obra sobre Etnolingüística en la cual trabajo actualmente (“Idioma, cosmovisión e interferencias culturales. Apuntes para una Et-

nolingüística (Sincronía y Pancronía) del Guaraní Común del Paraguay”) analizo con cierto detalle cómo la “falacia conductista” ha deformado el problema del significado, al reducir a una sola dos cuestiones de índole por demás diversa:

a) la de las situaciones pautadas según cultura que rodean el proceso comunicatorio;

b) la de lo estrictamente significado por un mensaje cifrado según un código o paradigmática que ambos hablantes comparten.

En dicha obra encaró el estudio diferenciado de los significados concebidos como *correlatos semánticos* de símbolos concretos, y, por lo tanto, opuestos a los correlatos situacionales.

La noción de correlato situacional ha sido expuesta y desarrollada ampliamente por la lingüista rumana Tatiana Slama-Cazacu en su obra “Langage et Contexte”. Por mi parte, diferencio y opongo ambas nociones, pues los hechos imponen una tajante y neta discriminación. Así, mientras que para cada símbolo lingüístico concreto se da *un* correlato semántico y *sólo uno*, tenemos una variedad prácticamente infinita de correlatos situacionales que, por otra parte, no corresponden a cada símbolo concreto sino a cada mensaje-enunciado. Además, así como los correlatos semánticos configuran un sistema en cuanto referidos al sistema de símbolos lingüísticos y paralelos a estos, de los correlatos situacionales puede afirmarse que, si bien teóricamente cabe suponer que constituyen un sistema en relación con el sistema de símbolos, prácticamente no puede estudiárselos sistemáticamente en cuanto correlatos sino con prescindencia de su relación con cada símbolo concreto y en cuanto fenómenos sicoculturales pertenecientes a la esfera de la cultura total que se redistribuye en cada uno de sus postadores.

Hay una razón de índole lógica para que así suceda: mientras que la relación entre un símbolo y su correlato semántico es *individual* (pág. 90), la de ese mismo símbolo con sus correlatos situacionales es *plural*, pues cada símbolo puede relacionarse con un número ilimitado de situaciones culturalmente pautadas. Mientras la relación entre un símbolo y su correlato semántico es significativa, la existente entre ese mismo símbolo y el número “n” de sus correlatos situacionales posibles según sistema es parasignificativa.

Uno de los principales responsables de la confusión entre uno y otro tipo de correlato fue el gran lingüista norteamericano Leonard Bloomfield quien, al tomar como punto de partida los presupuestos epistemológicos del conductismo, rechazó “ab initio” tratar con entidades que trascendieran el comportamiento concreto (inmediatamente observable) de los hablantes no más allá de lo estrictamente fisiológico, por más que dicho rechazo careciera de sentido y limitara gratuitamente el objeto de la

investigación. En efecto, aquellos fenómenos sicoculturales cuya consideración descarta, al ser estructurados en cuanto trascienden la conducta concreta de los hablantes (y solamente lo hacen en lo que se refiere a su motivación actual según sistema), aparecen como dos tipos de fenómenos de naturaleza diversa y que se relacionan con el mensaje y sus símbolos constitutivos en forma también diversa.

Interesa a nuestro problema el análisis que hace Bloomfield de un proceso comunicatorio típico, y, sobre todo, los términos que emplea para describir las motivaciones del hablante previo cifrado de los enunciados que habrán de configurar el mensaje, cuyas motivaciones no son — en el típico caso de Jack and Jill que figura en su clásico "Language" — sino meros fenómenos fisiológicos. Su postura conductista termina por resultar cómica cuando llega a defender que la función del lenguaje es hacer posible que una persona reaccione mientras sea otra la que recibe el estímulo. Así, "el vacío entre los cuerpos del hablante y del oyente, la discontinuidad entre los dos sistemas nerviosos, es llenado por las ondas sonoras" (pág. 91). Para concluir con la clara formulación de su dogma manifiesta: "creo que *imágenes mentales, sentimientos* y demás son meros términos populares para los varios movimientos corporales" (pág. 92).

Que Whorf no haya caído en esta postura es notable si se tiene en cuenta que aún hoy es aceptada en muchos sectores dentro de los Estados Unidos y si se considera también que nuestro autor al hacerlo se rebeló no sólo contra la posición de los lingüistas sino que prescindió de la presión que el pensamiento filosófico pragmatista ha ejercido sobre las búsquedas de los científicos estadounidenses, muy en especial en lo que se refiere a metainterpretación de los datos e incluso a la formulación de conclusiones provisionarias e hipótesis de trabajo.

Whorf no teme tratar con aquellos fenómenos no materiales que rodean al hecho lingüístico. Insiste en la naturaleza inconsciente — que él prefiere llamar intangible — de ciertos fenómenos de la esfera del significado (los que suele catalogar como de índole abstracta). Sin embargo, no por ello cae en el mito del subconsciente como entidad cuasi metafísica pan-explicativa, sobre todo en el del subconsciente definido en términos freudianos. Quizá a ello se deba que haya preferido calificar de intangibles en vez de inconscientes (o de subconscientes) aquellos fenómenos mentales de índole no explícita. "El psicoanálisis es una de las escuelas que realmente trata con material mental y que a veces obtiene resultados, pero que trabaja solamente en la esfera de lo anormal y de lo trastornado, y cada vez se vuelve más evidente que lo anormal no da la clave para lo normal. Más aún, está tan resueltamente determinado a tratar con intangibles que casi muestra un desprecio por el mundo exterior y vaga continuamente dentro de los dominios de lo fantasmagórico. Se halla excesivamente marcado con el sello de su fundador,

Freud, un genio errático con la facultad de percibir profundas aunque oscuras verdades. Como instrumento empírico para la clínica puede servir quizá durante algún tiempo, pero no veo como puede convertirse en medio para un escrutar científico y cuidadoso de la mente normal" (pág. 93).

Ya vimos cuán diversamente consideró Whorf a la Psicología de la Forma, cuya conexión con el estructuralismo no le fue desconocida, aunque también en este caso su adhesión se mantuvo dentro de los límites establecidos por la problemática restringida de esta escuela.

"Me parece que con la psicología de la forma se ha descubierto una verdad fundamental acerca de la mente: la importancia de las configuraciones en el dominio de lo mental. Al mismo tiempo, los psicólogos de la forma tienen a mano los múltiples datos mecánicos experimentales y personales para desarrollar esta amplia temática, la mayor parte de cuyos datos son principalmente válidos en el nivel de lo animal. Cuando tratamos de aplicar el principio configurativo a la comprensión de la vida humana inmediatamente encontramos que lo cultural y lo lingüístico (que es parte de lo cultural) y muy especialmente esto último, deben ser considerados por excelencia como el gran campo de lo configurativo en el nivel de lo humano. Aquí la psicología de la forma abandona la cuestión. Sus seguidores carecen del tiempo y del entrenamiento lingüístico requerido para penetrar este campo. Aún más, sus ideas y terminología heredadas de la vieja psicología de laboratorio son, más que un haber, una desventaja" (pág. 94).

El último párrafo de esta cita explica su interés por la aplicación de los principios de la psicología de la forma a los estudios lingüísticos, interés que se concretaría en su ya mencionada monografía "Gestalt Technique of Stem Composition in Shawnee"; estudio que en su aspecto puramente lingüístico muestra las relaciones entre la psicología de la forma, por un lado, y la lingüística y la semántica por el otro, y lo hace no sólo en teoría sino en el caso concreto de un determinado problema lingüístico.

Por otra parte, ya se vio como dicha monografía proporciona la clave para situar acertadamente su postura relativista.

Bien es cierto que sus más conocidos trabajos justifican que se lo sitúe en ese campo; sin embargo, no puede dejarse de tener en cuenta que, a través del estudio de la psicología de la forma, Whorf entrevió las limitaciones de la postura relativista, y, *por sobre todo*, que dichas limitaciones eran impuestas por la naturaleza humana no sólo biológica sino también psicológica.

El análisis de la percepción visual hecho por los psicólogos de la forma (pág. 95) no solamente lo hizo meditar acerca de estas cuestiones, sino además entrever otro problema: el de la relación *sujeto/objeto*, previo

al de la simbolización de lo conocido mediante los recursos que proporciona el acervo idiomático. La teoría de la forma le permitió concebir la relación cognoscitiva en términos de un diálogo entre el *sujeto* y el *objeto*, es decir, en manera bastante similar a la fórmula empleada por la reinterpretación neoescolástica Lovainense de los puntos de vista del existencialismo (pág. 96).

Whorf nunca llegó a efectuar la síntesis que, aquí y allá, anticipan sus dispersas monografías. Tampoco llegó a una fórmula que solucionara el problema de la comunidad sicobiológica del hombre frente a la pluralidad de cosmovisiones, la cual, por supuesto, implica una pluralidad de formas de conceptualizar lo real y también una pluralidad de esquemas lógicos. Se limita, en efecto, a afirmar ambos puntos y a hacer que la solución despunte tímidamente en los términos a que me refiriera con anterioridad, pero esa timidez que ni siquiera es animarse a afirmar, no implica que la solución entrevista no lo haya sido y en el recto sentido, al que por otra parte obligan la naturaleza misma del problema y los datos que la ciencia contemporánea nos proporciona para su solución.

#### NOTAS

82) BLW 1927-b, pág. 40.

83) *Ibid*, pág. 41.

84) *Ibid*.

85) BLW 1936-b, pág. 66.

86) BLW 1927-b, pág. 40.

87) *Ibid*, pág. 41.

88) *Ibid*.

89) Tatiana Slama Caracu, "Language et contexte", La Haya, 1961. Cfr. pág. 46.

90) J. N. Bochenski, "A Precis of Mathematical Logic", Dordrech (Holanda), 1959.

Cfr. pág. 68.

91) Leonard Bloomfield, "Language", Nueva York, 1933. Cfr. págs. 26-27.

92) *Ibid*, pág. 142.

93) BLW 1927-b, pág. 42.

94) *Ibid*. págs. 41-42.

95) BLW 1940-a, de pág. 163 a 165. Interesan sus observaciones acerca de los factores sicobiológicos en la concepción de la espacialidad.

96) A. Dondeyne, "Foi chrétienne et pensée contemporaine", Louvain, 1961, y Rubén Vasconi, "Problemas de la Filosofía actual", Santa Fe, 1963.